

Un virrey limeño en México

(Al doctor don Raúl Porras Barrenechea)

Principio éstos ligerísimos apuntes sobre la vida, fecunda en bienes, de uno de los más insignes gobernantes del México colonial, expresando mi rendida gratitud al ilustre Instituto Histórico del Perú, por la inmerecida distinción con que me ha honrado al incorporarme a él como a su socio. En mi carácter de secretario de la Academia Mexicana de la Historia, me es muy lisonjero manifestar la satisfacción con que recibirá esta noticia dicha corporación, no por lo que a mí atañe, sino por lo que a ella se refiere. En su nombre y en el mío propio, renuevo mis agradecimientos a esta asamblea de los historiadores más notables del Perú.

Creo de mi deber manifestar que la premura del tiempo y las múltiples atenciones que he tenido, no me han dejado espacio suficiente para desarrollar con la amplitud que deseaba, y de que es digno el asunto, este trabajo que, a la postre, no resulta sino un esbozo biográfico y anecdótico de la vida del Marqués de Casa Fuerte. Mas no he querido dejar de daros a conocer lo que me ha sido dable averiguar acerca de tan esclarecido varón, porque así se me presenta la oportunidad de hacer patente el amor de México al Perú encarnado en uno de sus hijos de más valía.

En la galería de retratos de virreyes de la Nueva España que se ostenta en el Museo Nacional de Historia de México, se encuentra uno en que aparece un noble caballero ataviado de roja casaca bordada de oro, signo de su alta jerarquía

militar, que empuña con la diestra el bastón de mando y sobre cuyos hombros la blanca peluca cae en rizadas ondas. En el segundo término del cuadro, que ya se desvanece, se entrevé una flota, y un escudo heráldico, con sus armas pregoneras de cien sonadas hazañas, remata la pintura. El caballero, de rostro grave y enérgico, en que se destacan los ojos de firme mirada, es don Juan de Acuña y Bejarano, Marqués de Casa Fuerte, trigésimo séptimo virrey de Nueva España y a quien los historiadores dieron el dictado, el justiciero dictado, como dice Palma, de: "El gran Gobernador".

Hasta principios del siglo XVIII todos los gobernantes de la Nueva España habían sido de origen extranjero. Por determinadas causas, de todos conocidas, y que no me detendré aquí a examinar, la Corona de España no enviaba a sus colonias a ningún hijo de éstas; y cuenta que ya para esas épocas los había muy distinguidos y capaces de desempeñar los más altos puestos administrativos. Por eso se explica el intenso júbilo con que se recibió en México la noticia de que Su Majestad don Felipe V. había designado a un criollo para suceder al Marqués de Valero y Duque de Arión que renunciara tiempo atrás el virreinato de la Nueva España.

El nombramiento de don Juan de Acuña era, para los mexicanos, y para toda la América colonial, el reconocimiento tácito y elocuente del valer de los criollos, hasta entonces injustamente postergados, y por eso, la designación de don Juan de Acuña, se tradujo en manifestaciones de intenso gozo. El nuevo virrey de Nueva España arribó a las playas de Veracruz en 1722, en una pequeña flota, compuesta por los navíos de guerra la "Guadalupe" y la "Tolosa" que mandaba el teniente general don Fernando Chacón, tras una travesía de cincuenta y un días.

Nacido en esta ciudad de Lima, fué hijo del hijodalgo don Juan de Acuña, antiguo regidor de la ciudad de Burgos, en donde había visto la luz primera, Corregidor de Quito, Gobernador de Guancavelica y cruzado de la Orden de Calatrava. Su esposa lo fué doña Margarita Bejarano, natural

de Potosí. El matrimonio tuvo por hijos a don Juan, Marqués de Casa Fuerte y Virrey de México, a don José, don Diego y don Iñigo, Marqués de Escalona, mayordomo de la reina doña Mariana, don Ventura y doña Josefa, todos nacidos también en esta Ciudad de los Reyes. Don José, don Diego y don Iñigo pertenecieron a la Orden de Alcántara y don Ventura a la de Santiago.

Fíjase la fecha del nacimiento del Marqués de Casa Fuerte en el año de 1658 y sábese que, cuando contaba trece años fué enviado por su padre a estudiar a España, en donde, después de recibir esmerada educación, optó por la noble carrera de las armas.

Mendiburu, en su "Diccionario Histórico y Biográfico del Perú", asienta lo siguiente: "Mandó compañías de infantería y caballería; fué maestre de campo (coronel) de un tercio denominado de los "Verdes" y después de Dragones; ascendió a general de batalla y de artillería; ejerció el cargo de maestre de campo general en Cataluña y en diferentes ejércitos. Desempeñó el de Gobernador de Mesina y sus fortalezas, en Sicilia; el de Virrey y capitán general en Aragón y en Mallorca.....Subió a la dignidad de capitán general de ejército, y al elevado puesto de consejero del Supremo Consejo de Guerra. Decoráronle las cruces militares de Santiago y de Alcántara, y en esta orden fué comendador de Adelfa. Don Juan de Acuña pasó cincuenta y nueve años sin interrupción alguna en la profesión militar".

Como se vé, el Marqués de Casa Fuerte era un militar de indiscutibles méritos, por lo que su valimiento en el ánimo de Felipe V, no tenía límites, según siempre pudo comprobarse.

A este respecto, el mismo autor ya citado expresa lo que a renglón seguido se copia: "Su concurrencia a todas las guerras que tuvo España en su época, y una sucesión de funciones de armas en que su ilustre nombre alcanzó inmensa celebridad, fueron los títulos gloriosos que dieron a nuestro compatriota una reputación exacta de contradicciones, y

suficientemente sólida para frustrar las males artes de la envidia" (1).

El 15 de Octubre de 1722, y después de emplear varios días en reconocer las fortificaciones de San Juan de Ulúa, con lo cual hacía honor a sus antecedentes de fogueado militar, efectuó su entrada solemnísimamente en la capital de la Nueva España el Exmo. señor don Juan de Acuña, en medio de una muchedumbre entusiasta que llenaba las calles de la antigua Tenoxtitlán, y con la pompa y el fausto acostumbrados en tan resonantes acontecimientos.

No recibió el bastón de mando fuera de la capital, como hasta allí era de uso inmemorial, sino en la propia ciudad de México.

Sus gobernados, desde luego, empezaron a sentir los beneficios de la administración del nuevo virrey, quien, con una actividad y un celo que nunca serán lo suficientemente loados, principió a dictar toda clase de disposiciones para mejorar las condiciones generales de la colonia. No sólo mereció su atención la Hacienda Pública, que encontró al llegar casi en bancorrotta, y que aumentó considerablemente, sino también se preocupó por la moral pública, por la pacificación del reino, por las mejoras materiales y por cuanto tendía al progreso de aquellas tierras. Intervenia en todos los asuntos de su resorte, impartía justicia con desusada inte-

(1).—“En la vida del Padre Oviedo, provincial de Jesuitas, que era su confesor y por cuya mano hacía cuantiosas limosnas, se refiere, que habiendo un sujeto mal intencionado dirigido al rey por vía reservada un informe calumnioso contra el virrey, se le dió a éste conocimiento de la carta, comunicándosele el nombre del calumniador; Casa Fuerte se informó de las circunstancias de su acusador y sabiendo que era hombre de escasa fortuna, previno al padre Oviedo que le diera cincuenta pesos mensuales. Cuando el Marqués murió, habiendo ocurrido al P. Oviedo el interesado por su asignación mensual, el padre le dijo que nó podía dársela porque había fallecido su bienhechor, y sabiendo entonces quién había sido éste, se llenó de vergüenza y confusión”.

gridad, era caritativo en sumo grado, protegía a los huérfanos y a las gentes desvalidas y no descuidaba el aprovisionamiento de pertrechos militares para las otras colonias constantemente amenazadas por las incursiones de ingleses y franceses, que a menudo se hallaban en guerra con los españoles.

He aquí lo que acerca de su dilatada gestión como gobernante consigna, en elogioso resumen, el general don Vicente Riva Palacio, en el tomo segundo de la monumental obra: "México a través de los siglos": "Once años gobernó el Marqués de Casa Fuerte con tanto acierto y tan buena fortuna que la Corte y los habitantes de la colonia le consideraban como uno de los mejores virreyes que había tenido la Nueva España". Y agrega el mismo historiador: "Casa Fuerte procuró vigorizar el gobierno, cortar abusos en la administración y corregir la corrupción de las costumbres. Persiguió con empeño a los ladrones, obligó a los jueces y a la Audiencia a despachar los negocios justa y rápidamente y en la admistración de la Real Hacienda introdujo tan acertadas economías y dictó tan prudentes disposiciones, que las entradas del fisco llegaron en su tiempo a siete millones ochocientos veintitres mil doscientos pesos".

"El ingeniero don Manuel Rivera Cambas, en el tomo primero de su obra "Los Gobernantes de México", consigna su opinión: "El Marqués de Casa Fuerte fué uno de los modelos de buenos gobernantes que nos legó la dominación española en aquel tiempo en que las creencias y las costumbres, yendo de acuerdo, producían el respeto ciego a la religión, a la ley y al soberano.....Fué muy querido Casa Fuerte, no obstante que como reformador en asuntos de hacienda, tuvo muchos enemigos que procuraron detenerlo en su marcha. Mostró deseo por la propagación de la fe contra los infieles y por la mejoría del culto cristiano en los templos; repartió sus bienes en obras pías, dotando entre ellas con dos comidas a los presos, y su integridad ha de servir de modelo a los que gobiernan".

Y el tantas veces citado Mendiburu, condensa su juicio acerca de don Juan de Acuña, así: "La ya probada capacidad del Marqués de Casa Fuerte para el mando político, halló en ese encargo (el de virrey) tan pesado y difícil, como es extenso el territorio mexicano, ocasiones muy frecuentes para acreditar su prudencia, tino y acierto en los negocios gubernativos. Sostenido, experimento y sagaz, pudo mantener en aquel importante país la paz benefactora y el orden público, dejándole monumentos y recuerdos de su consagración al bien general y al adelanto de las ciencias y de la industria".

Por último, don Ricardo Palma, en su "Ropa Apollillada", en la tradición intitulada: "Un Virrey limeño", se expresa acerca de don Juan de Acuña en la siguiente forma: "Que el virrey limeño fué el más honrado, enérgico, laborioso y querido, entre los 37 virreyes que hasta entonces tuvo la patria de Guatimoc, no solo lo dicen Feyjoó, Peralta, Alcedo y Mendiburu, sino el republicano e imparcial Rivera, historiador de los sesenta y dos gobernantes y virreyes durante la época colonial".

A este propósito, el mismo don Ricardo, revive un diálogo que supuso en boca de Felipe V y de su secretario, tomado de la cita que del Padre Cobo hace Rivera Cambas en esta forma: "Cuando los consejeros de Felipe V. trajeron a su memoria que era tiempo de proveer la plaza de virrey de México, (pues ya habían corrido más de dos lustros desde que lo ocupaba don Juan de Acuña) preguntó el rey: ¿Vive Casa Fuerte? Contestáronle que sí, pero que ya estaba bastante viejo para soportar el peso del gobierno. "Si vive Casa Fuerte—replicó—sus prendas y virtudes le darán aquel vigor que necesita un buen ministro"; lo que bastó para que no pensara en enviarle sucesor. Esta demostración sólo había sido otorgada a los primeros virreyes de México y a don Martín Enríquez de Almanza, que fué el cuarto virrey de la Nueva España.

Los pareceres anteriormente citados demuestran que el



**Don Juan de Acuña y Bejarano Marqués
de Casa-Fuerte.**

(Retrato existente en el Museo Nacional
de Historia de México).

virrey Acuña es digno de la gratitud de los mexicanos y del orgullo de los peruanos.

Los principales hechos de su virreinato fueron: la pacificación de los indios del Nayarit; la derrota de los ingleses establecidos en Belice en 1724 y 1733, la fundación de la magnífica Casa de Moneda que empezó a construirse el dos de Agosto de 1731 y se terminó en 1734, cuyo edificio aun se levanta airoso destinado al mismo objeto al que lo consagró Casa Fuerte, y que costó 449.893 pesos, sin que para ello haya sido gravada la Real Hacienda; la construcción de la aduana, que todavía existe; la erección de la Colegiata de la Virgen de Guadalupe, a la que se le dió el título de "insigne", por ser la primera que en América se fundaba, y el estreno en el coro de la Catedral de México de una valiosísima reja de metal de China que se construyó en la ciudad de Macao.

Además de esos y otros hechos sobresalientes del virreinato de don Juan de Acuña, hay uno que, como dice un historiador, "sería suficiente para hacer memorable la administración del Marqués de Casa Fuerte". Este hecho fué la reanudación en 1728 de la publicación de la "Gaceta de México", el primer periódico que vió la luz en Nueva España y que es hoy una inapreciable fuente de datos históricos acerca de aquella época. La "Gaceta de México" estaba a cargo de don Juan Francisco Sahagún de Arévalo y aparecía mensualmente.

Después de una vida de ininterrumpido trabajo, el insigne virrey, que desde años antes sentíase atacado por la gota y por otras dolencias, sufrió un ataque más agudo de ellas, ante cuya crudeza la ciencia fué impotente.

El 17 de Marzo de 1734, después de gobernar la Nueva España durante 11 años, 5 meses y días, y a los 66 de edad, el Marqués de Casa Fuerte entregó el alma al Creador. El 16, al agravarse, las iglesias tocaron rogativa y en la noche le fué administrado el Viático por el arzobispo de México, don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, y la Extremaunción por el obispo electo de Durango. En la mañana

siguiente le auxiliaron en sus últimos momentos los frailes franciscanos, por los que siempre tuvo predilección (2).

Ya se puede suponer el hondo pesar que causó en la capital de la Nueva España la noticia del fallecimiento del piadoso y excelente gobernante.

En todas las iglesias de la ciudad se dieron cien campanadas y cada cuarto de ora se hicieron disparos por la artillería, mientras las gentes compungidas lloraban de verdad al gran virrey extinto.

Cedo la palabra al historiador y académico mexicano, Licenciado don Alfonso Toro, para que escuchéis cómo con brillante colorido y frase evocadora describe todas las ceremonias que siguieron a la muerte del preclaro Marqués.

Las ceremonias del entierro, publicadas después en detalle en la "Gaceta de México", sirvieron de modelo para los funerales de los virreyes que fallecieron en México y para los

(2).—“Refiere Galindo y Villa, escritor mexicano, que, a los ocho días de posesionado del mando, salió el de Casa Fuerte en compañía del capitán de su escolta a rondar la ciudad en la noche.

“Acababan de sonar las doce cuando oyó S. E. el tañido de una campana.

—¿De dónde es esa campana, capitán?—

—Del convento franciscano de San Cósme, Excelentísimo Señor, contestó el interrogado.

—¿Y a qué tocán los frailes?—

—A maitines, Señor. Tocan.....pero no ván, añadió el acompañante recalcando las últimas palabras.

Quiso su Excelencia convencerse de hasta qué punto era fundada la acusación y siguió adelante camino de la iglesia.

Detúvose en el Atrio, vió iluminado el coro, oyó el monótono rezo de los recoletos, apagáronse después las luces, entonóse el Miserere y empezaron los frailes a disciplinarse recio.

Volvióse entonces el virrey hacia su compañero, y le dijo:

—¡Capitán, Capitán! no solo tocan y van, sino que también “se dan”: (Ricardo Palma—“El Virrey limeño”).

de algunos presidentes en las primeras épocas de la república. Dice así el señor Licenciado Toro en su estudio intitulado "San Cósme—Los funerales de un Virrey".

"A las 5 de la mañana del siguiente día, reuniéronse los oidores y después de que dos escribanos de cámara, hubieron dado fe de cuerpo muerto, se procedió a abrió el pliego de mortaja, encontrándose en él designado como virrey al Illmo. señor don Antonio de Vizcarrón y Eguiarreta, arzobispo de México, por lo que pasaron los dos oidores más antiguos a hacerle saber su nombramiento y a felicitarlo por él.

"En seguida los cirujanos procedieron a embalsamar el cadáver del difunto virrey y, concluída la operación, se le vistió con las insignias de su cargo de capitán general, y con el manto de comendador de la orden de Alcántara, teniéndosele en el salón principal de palacio, en una cama con cubierta y dosel carmesíes, con el guión delante y en torno un gran número de cirios. En el mismo salón se dispusieron varios altares, en los que se estuvieron diciendo misas, hasta el número de cuatrocientas.

"El virrey-arzobispo dispuso que se enterrara el cadáver el 21 de Marzo, en San Cosme, como lo había ordenado el difunto, a pesar de distar esta iglesia de palacio como tres cuartos de legua. Para el mejor orden de los funerales, se mandó que desde este edificio, siguiendo por las calles de San Francisco, y de allí hasta Santa Isabel, se formara, con gruesas vigas, una valla, sobre pies derechos de dos varas de alto, para que dentro de ella no entrase nadie, que no debiera formar parte del cortejo.

"Aun no amanecía el día señalado y ya las calles estaban llenas de incontable muchedumbre que se apiñaba en tabladitos y azoteas, ventanas y balcones y aun sobre los arcos del acueducto.

"Son las siete de la mañana cuando comienza a ordenarse el desfile. Véanse primero aparecer hasta ochenta congre-

ciones, cofradías y hermandades, llevando sus guions, cruces, insignias y estandartes, y un número incontable de hachas de cera. Vienen luego las parcialidades de indios de Santiago, San Juan y de los pueblos circunvecinos, con sus gobernadores, justicias y alguaciles, vistiendo lobs y lutos de bayeta negra y llevando sus varas de justicia. ¡Mira! Allí viene la archicofradía de la Santísima Trinidad, con sus túnicas rojas, sus luces y campanillas. Allí están los hermanos terceros de San Agustín y San Francisco, en crecido número. Ahora empieza el desfile de los colegios, poniendo una nota brillante de color en el fúnebre acompañamiento. Precedido por un guión o banderilla, y por su rector, vá el Real Colegio de San Juan de Letrán; sus alumnos visten mantos morados y becas blancas. Lo sigue el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, de indios nobles, con sus mantos azules y becas blancas. Después viene el Ilustre de San Ramón Nonato, de frailes mercedarios; sus alumnos llevan mantos morados y becas encarnadas. Los que allí siguen de morado y beca verde, son alumnos del Real Colegio de Cristo. Cierran el desfile de esudiantes, con sus mantos pardos y sus becas cortas, color de grana, los del Colegio Mayor de Santa María de Todos Santos. Ahora comienzan a pasar las comunidades religiosas, llevando al frente a sus preladados, superiores y ministros; bethlemistas de redondos sombreros y hábito café, con su escapulario a la izquierda de la capucha; hipólitos y hospitalarios con hábitos del mismo color, aunque de diversa hechura; juaninos de negros vestidos; carmelitas con hábito y escapulario café oscuro; agustinos con túnica ceñida por un cinturón de cuero y largas mangas, todo de color negro; franciscanos vestidos de azul obscuro o de pardo, según que eran observantes o recoletos; domínicos con sus pintorescas vestiduras de negro y blanco. Cada comunidad iba precedida de cruz alta y ciriales. Allí puede ver, con su manga el crucifijo que perteneció a Pío V. y que regaló a la Catedral, acompañado por la archicofradía del Santísimo Sacramento, formada por personajes de lo más distinguido. Detrás vienen la cruz alta y los ciriales de la metropolitana iglesia, seguidas de enorme concurrencia de

clero secular. No faltan ni los congregantes de San Pedro, todos eclesiásticos, con sotana y estóla, ni los monagos y seises con sus deslumbrantes mantos carmesíes y sus becas azules, ni los acólitos, músicos de capilla, capellenes de coro y demás ministrales, precediendo al Cabildo eclesiástico de que dependen. Allí vá también el deán. Detrás marchan cinco pajés, vestidos de bayeta negra, uno con el guión y su divisa del mismo color, y los restantes con sendas hachas de cera en sus manos. Viene luego el cuerpo del virrey, llevado en hombros de los personajes más condecorados, que se han ido turnando en ese servicio durante la marcha, en las varias posas colocadas en el camino. Inmediatamente detrás caminan llorosos y compungidos los familiares del difunto. Allí puédense ver, tirados por enlutados locayos, dos magníficos caballos despalmados, cubiertos con mantos negros de bayeta y caparazones de terciopelo del mismo color, guarnecidos con flecos y pasamanería de plata, y en su parte media, bordadas a todo costo, las armas del muerto. Allí vienen los ministros superiores e inferiores del Protomedicato y Consulado, y detrás de ellos la Real y Pontificia Universidad, precedida por sus bedeles, vestidos de bayeta, con las mazas enlutadas, y tras ellos el rector y todo el claustro con sus ínfulas y capelos de terciopelo negro y sus borlas rojas, verdes, blancas amarillas y moradas, que distinguían a los juristas, teólogos, médicos y canonistas. Presente se haya también en el concurso, el Ayuntamiento bajo de marras, con sus ministros, tenientes, y porteros vestidos de luto; así como el Tribunal Mayor de Cuentas, los oficiales de la Real Hacienda y los miembros de la Real Audiencia, que acompañan al arzobispo-virrey. Viste éste sotana, muceta y mantelete de negro borborán. Vienen luego, cargando la tapa del féretro, los ayudas de cámara. Este vá forrado de terciopelo negro, por dentro y por fuera, galoneado de plata y con clavos, argollas y visagras del mismo metal, Cierran la procesión, la guardia de infantería y caballería del virrey, con los fusiles a la funerala, con las trompetas y los tambores a la sordina y espada en mano. Detras viene la

más lujosa estufa del virrey, toda enlutada, seguida de otra del arzobispo y de los coches de la nobleza de la colonia.

Tan lucido y numeroso cortejo, caminaba gravemente, con tardo paso, deteniéndose en los numerosos altares o posas, que se habían levantado en el tránsito, donde se rezaban y cantaban responsos por el alma del finado. De esta manera, la procesión no pudo llegar al lugar de su destino, hasta las diez y media de la mañana. Salieron a su encuentro hasta el puente de Alvarado, la cruz alta, guardián y comunidad de San Cosme, y llegado que hubieron todos a este convento, cantó misa el deán de la Catedral, e hizo los oficios de sepultura, la que se dió al virrey en el presbiterio, dando fe del acto los escribanos de cámara. Y dicho que fué el último responso por el alma del finado, volviéronse los que formaron el cortejo a la ciudad”.

Fué sepultado el Marqués de Casa Fuerte, como se indica en el anterior relato, en la iglesia de San Cosme, que entonces se encontraba a extremos de la ciudad y que estaba a cargo de frailes franciscanos, porque don Juan de Acuña fué protector del convento, amigo particular de los frailes y en su compañía gustaba de permanecer algunas tardes en que solía pasear por los alrededores de la metrópoli virreinal.

En el sitio donde quedaron sus restos, se colocó una lápida de mármol, que hoy, en fragmentos, existe en el Museo Nacional, a donde fué trasladada a iniciativa del historiador Morroqui y en la que había la siguiente inscripción: “AQUI YAZE EL EXCMO. SR. DON JUAN DE ACUÑA MARQUES DE CASA FUERTE CABALLERO DEL ORN DE SANTIAGO COMENDADOR DE ADELFA EN LA DE ALCANTARA DEL CONSEJO DE S. M. EN EL REAL Y SUPREMO DE GUERRA, CAPITAN.....NERAL DE LOS EXERCIT...MAESTRE DE CAPO. C....RCITO DE CAT...DAN EYNOS DE ARAGON.....REY GOBERNADOR Y CAP NERAL. DE LOS REYNOS: DE NV. ESPAÑA, LA QUE GOVNO. 11 AÑOS; Y 5 MESES; Y 16 DIAS, Y MURIO DE ACTUAL VIRRREY EL 17 DE MAR. 1734, AÑOS Y ES AÑO REQUIESCANTINPAZE”.

El sepulcro del Marqués de Casa Fuerte se hallaba en el altar mayor, al lado del Evangelio, y según los "Apuntes de Epigrafía Mexicana" del ingeniero don Jesús Galindo y Villa, tenía tres inscripciones, dos de las cuales, en castellano copia el Licenciado Toro en su estudio ya citado, y otra en 16 versos latinos, pero cuya existencia casi niega el mencionado historiador don José María Marroquí, autor del libro "La ciudad de México" y de quien tomamos la inscripción fragmentaria ya reproducida. El señor Galindo y Villa dijo haber transcripto las referidas inscripciones del señor Ramírez Aparicio.

Según Toro, el monumento de era de mármol y de aspecto magnífico, con un sencillo pedestal sobre el que se levantaban cuatro pilastras que sostenían un frontis. La primera inscripción decía: "Don Juan de Acuña, Marqués de Casa Fuerte, murió siendo virrey de este reino, en 17 de Marzo de 1734. Está sepultado en este presbiterio".

Otra inscripción rezaba de esta guisa:

Descansa aquí, no yace, aquel famoso
Marqués, en guerra y paz esclarecido,
que en lo mucho que fué, lo merecido
no le dejó qué hacer a lo dichoso.

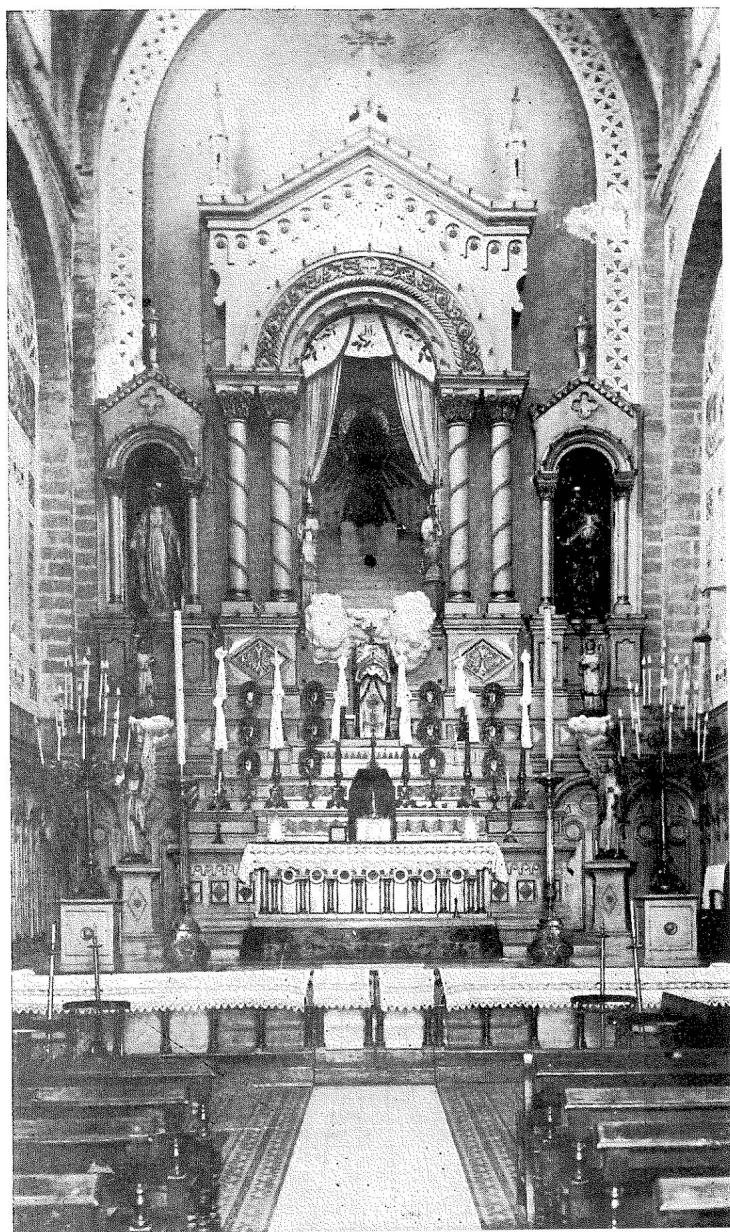
Ninguno en la campaña más gloriosa
ni en el gobierno fué tan aplaudido,
no menos quebrantado que sufrido
vinculó en la fatiga su reposo.

Mayor que grande fué, pues la grandeza
a que pudo incitarlo regio agrado,
fué estudiado desde su entereza;

Y es que retiró tanto su cuidado
de lo grande, que tuvo por alteza
quedar entre menores sepultados

El monumento fué destruído cuando se hicieron algunas reparaciones al templo a fines del siglo pasado, sin que se tenga noticia ninguna del paradero de los restos del magnífico Virrey don Juan de Acuña.

Tales son los datos que he logrado obtener acerca del ilustre Marqués de Casa Fuerte, sintiendo sobremanera que el temor de cansar más vuestra ya fatigada atención me impida referiros algunas anécdotas acerca del glorioso limeño que tan brillante papel desempeñó en la historia de mi patria. Dichas anécdotas forman la segunda parte de este ligero boceto, con la lectura del cual, repito, he querido rendir plebiscito homenaje a uno de los más eminentes hijos del Perú.





Atrio de la iglesia de San Cosme (México). Estado actual.

BIBLIOGRAFIA

- "México a través de los siglos", tomo 2º, por Vicente Riva Palacio.
- "Los Gobernantes de México", por Manuel Rivera, tomo 1º
- "La Ciudad de México", por José María Marroquí, tomo 2º
- "México Viejo", por Luis González Obregón.
- "The City of Mexico Mint".
- "Ultima Serie de Tradiciones—Ropa Apolillada", por Ricardo Palma, Lima, 1891.
- "Diccionario Histórico Biográfico del Perú por Manuel de Mendiburo, tomo 1º, Lima 1874.
- "Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o America" por el Coronel don Antonio de Alcedo, tomo 4º, Madrid 1788.
- "Apuntes de Epigrafía Mexicana", por Jesús Galindo y Villa.
- "San Cosme—El entierro de un virrey", por Alfonso Toro.
- "Teatro Crítico", tomo 4º por Foyjó.
- "Lima Fundada", por Peralta.
- "El negrito poeta mexicano", por el Dr. Nicolás León, México 1912.
- "Oleo" Romance, por Francisco Monterde, García Izcazbalceta, México 1916.
- "La cántiga de las Piedras", México 1924.

ICONOGRAFIA

- Retrato existente en el Museo Nacional de México—al óleo.
- Retrato existente en la Sala de Cabildos del Ayuntamiento de México—al óleo.
- Retrato litográfico, en el 2º tomo de "Los Gobernantes de México".
- Reproducción a colores del retrato del Ayuntamiento en la monumental obra "Los virreyes de México" editada por la Municipalidad en 1920.